

Cuando volvió a llover, ya todo había muerto. Apenas nos habíamos dado cuenta de que iban desapareciendo las pequeñas cosas que nos rodeaban. Los hierbajos, los arbustos, la hiedra entrelazada con amplios muros de piedra, manteniéndolos en pie tras años y años, no decidieron desvanecerse de golpe. Pero tampoco tardaron demasiado en rociar con su ausencia nuestras mañanas. Todo comenzó cuando dejó de llover. Primero, desapareció la gota que caía siempre sobre la jaula del canario. Hacía mucho que no teníamos canario, pero la jaula permanecía impasible en nuestro jardincito amarillento. Todas las mañanas revisaba el bebedero del canario que ya no era canario, y ahí estaba, impasible, la gota de agua que llovía entre las tres y las cinco de la mañana. Sin embargo, un día, esa gota no llovió. No le di la mayor importancia. Casandra tampoco pareció preocuparse excesivamente. Al menos, hasta que las tres gotas que regaban los tres girasoles que había plantado en el balcón, también dejaron de visitarnos. Los girasoles se murieron. Y Casandra también, en parte. Hablaba con sus girasoles y con sus respectivas gotas que caían al albor. Ahora solo habla con las cucharas del tercer cajón a la derecha, que no saben girar la cabeza, sino responder con un leve tintineo. Poco a poco, las contadas gotas ya no se contaron más. Y todo se fue quedando sin flujo. Como si fuese un río que ya no tiene río. Y el único rastro que ha dejado tras de sí el agua no es más que un cauce de tierra seca en la que ya no nacen semillas que lamer, ni piedras que esconder para que Casandra las encuentre y las pinte de colores. Hoy, sin embargo, ha vuelto a llover. Un momento nada más. Una solitaria gota. Brillante, como si fuese una perla milenaria. Pequeña y reducida por las olas, parecía que había vivido mil años dando vueltas entre las corrientes marinas más profundas. La gota, redonda, resbaló desde la mejilla de Casandra hasta iluminar un punto de la alfombra del salón. Casandra me miró con lástima, mientras yo esperaba que llorase de nuevo, que regase la jaula del canario y la tumba de sus tres girasoles. Quizás entonces habría canario y girasoles. Pero los ojos de Casandra, impasibles, parecían los de una muñeca enferma, plásticos y muertos. No llorarían nunca más. Me abalancé entonces a sorber la lágrima de la alfombra.